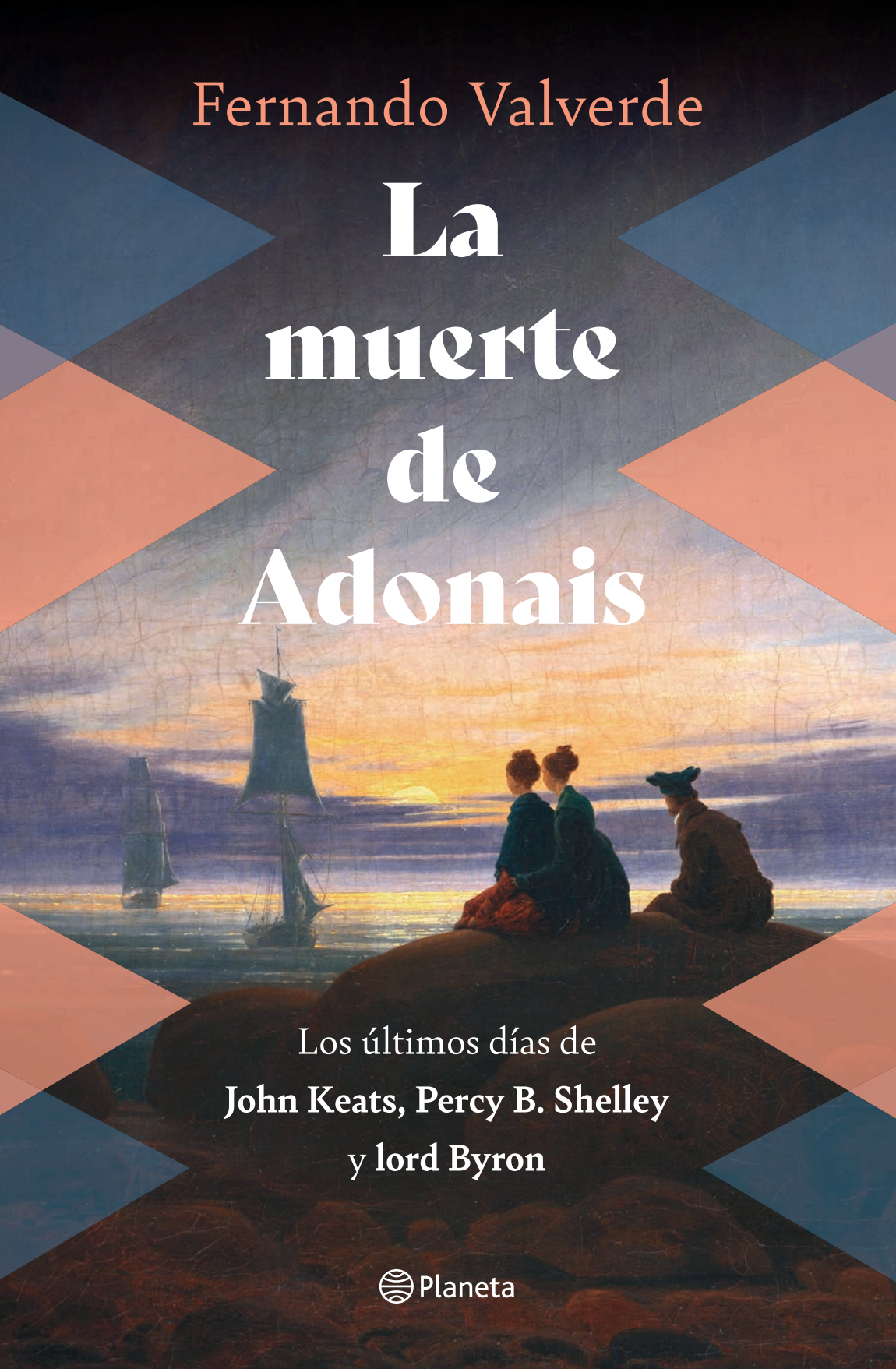


Fernando Valverde

La muerte de Adonais

The background of the cover is a painting of a sunset over the sea. In the foreground, three figures are seated on a dark, rocky shore, looking out at the water. Two women in dark, period-appropriate dresses are on the left, and a man in a dark coat and hat is on the right. In the middle ground, two large sailing ships with dark sails are visible on the water. The sky is a mix of orange, yellow, and blue, with the sun low on the horizon. The overall mood is somber and reflective.

Los últimos días de
John Keats, Percy B. Shelley
y lord Byron

 Planeta

FERNANDO VALVERDE

LA MUERTE DE ADONAIIS

*Los últimos días de John Keats,
Percy B. Shelley y lord Byron*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Fernando Valverde, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2023

Depósito legal: B. 2.358-2023

ISBN: 978-84-08-26925-0

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

<i>Prefacio</i>	11
1. Escrito en una gota de sangre	13
2. La vida póstuma de John Keats	31
3. El libro de los muertos de Percy B. Shelley	95
4. Siguiendo el curso del río	123
5. <i>Adonais</i>	163
6. La persecución de la muerte de Percy B. Shelley	181
7. La tempestad	229
8. Ariel	255
9. El último sueño romántico de lord Byron	279
<i>Nota final</i>	311
<i>Agradecimientos</i>	317
<i>Bibliografía consultada</i>	319

1

Escrito en una gota de sangre

Todos estáis brutalmente equivocados respecto a Shelley, que era, sin excepción, el hombre menos egoísta que he conocido nunca. No he conocido a nadie que no fuera una bestia, comparado con él.¹

LORD BYRON

1820-1821

Dos caballeros ingleses, uno de procedencia humilde y carácter delicado, el otro de importante linaje, adinerado, rebelde, expulsado de una sociedad que despreciaba. Dos poetas ingleses abandonan el frío de las islas británicas persiguiendo un clima más cálido; uno para curar una enfermedad incurable; el otro, para aliviarse de la imaginación de la muerte que enfría los labios que ama. Los dos encontra-

1. Byron y Marchand, 1979, vol. 9, pp. 189-190. Carta del 3 de agosto de 1922 dirigida a Murray.

rán el fuego y el mar en una tierra milenaria de pescadores, jinetes, pintores y pirámides que habitan los cementerios.

Hampstead, 3 de febrero de 1820. John Keats encuentra una gota de sangre en su almohada. La sangre proviene de su boca. «Conozco el color de esta sangre. Es sangre arterial. Este color no puede engañarme. Esta gota de sangre es mi garantía de muerte. Yo debo morir.»²

Pisa, abril de 1821. Percy Bysshe Shelley recibe la noticia de la muerte de John Keats, a quien había querido recibir en su propia casa para ayudarlo a recuperarse de su enfermedad. Keats ha muerto en Roma en los brazos del joven pintor Joseph Severn, que nunca perdió la esperanza de que el clima de la ciudad limpiara sus pulmones.

Lo sucedido antes, durante y después de estas dos fechas, entre dos lugares tan remotos, es la historia de uno de los mayores poemas en lengua inglesa, *Adonais*. Una historia escrita en tinta, en sangre y en agua, llena de predestinación y de misterio, en la que la tragedia de dos hombres jóvenes, arrancados de su país, en una tierra extraña, es la persecución de la belleza y la muerte.

Cuando Keats contempló aquella gota de sangre identificó rápidamente su color. No había duda. Era el mismo que tiñó las sábanas de su madre, el mismo que manchó las toallas y hasta las paredes durante la agonía de su hermano Tom. Era la sangre que subía por la garganta como último vestigio de la tuberculosis.³ Por la familiaridad de aquel color y por sus estudios en medicina, desde entonces se supo seña-

2. Brown, 1965, pp. 73-74.

3. En la época era conocida con el nombre de *consumption* y se

lado por la muerte. El destino o el azar eligieron el momento más terrible, el de mayor altura. Keats había empezado a soñar con una vida junto a Fanny Brawne, su vecina en Hampstead, a la que había conocido en 1818 y de quien se había enamorado de manera obsesiva. Precisamente cuando estaba seguro de que con el tiempo suficiente escribiría los poemas inmortales por los que sería recordado. Ahora, entonces, la gota, la sangre. La esperanza en dosis muy pequeñas, porque Keats había bebido el agua de la mala suerte muchas veces y conocía el gusto que dejaba en los labios.

Pero el joven Keats no iba a rendirse a sus certezas, tal vez empujado por todos los que lo rodeaban. En un intento desesperado se decide a luchar, y esa lucha es un viaje terrible a Italia huyendo del invierno inglés y de las frías agujas que devorarían sin piedad sus pulmones.

Keats debe morir. Estaba escrito en una gota de sangre. Keats muere el 23 de febrero de 1821, con sólo 25 años y cuatro meses de edad. No han pasado ni dos meses cuando Shelley recibe la noticia a las orillas del Arno. Esa misma tarde escribe a lord Byron:

El joven Keats, quien con *Endimión* demostró ser una gran promesa, ha muerto en Roma como consecuencia de la ruptura de una arteria, paroxismo de la desesperación por el despreciable ataque a su libro en el *Quarterly Review*.⁴

consideraba una enfermedad de carácter hereditario, no contagiosa. En castellano se la llamaba *consunción* o *tisis*.

4. Percy B. Shelley, 1964a, vol. II, n.º 621, p. 284.

Percy B. Shelley cree que John Keats ha muerto a causa de una injusticia mundana que quebró su sensible debilidad: no pudo soportar las descarnadas críticas que había recibido su *Endimión*. Con ello, encuentra sentido a su propia agonía, a su viaje a Italia acompañado de las sombras más oscuras de la imaginación. Shelley se sabe desde hace tiempo predestinado a escribir la elegía por la muerte de *Adonais*.

Cuando Shelley comienza a escribir su poema apenas sabe nada sobre los últimos días de John Keats. Una fecha, una ciudad, la reseña de una revista, una plaza familiar en sus recuerdos con largas escalinatas, un paisaje de muerte y dolor conocido.

Con el pretexto de justificar inexactitudes y de recompensar a Joseph Severn, el fiel amigo de Keats, quien acompañó, atendió y consoló al enfermo en sus días finales, y al que no menciona en su elegía, Shelley escribe el prólogo de cinco páginas que acompaña al poema desde la primera edición. El espíritu generoso de Shelley, el más generoso de los hombres, como dijo lord Byron, le obliga a incluir este reconocimiento final.

Si yo hubiera conocido esas circunstancias antes de haber terminado mi poema, hubiera intentado sumar el débil tributo de mi aplauso a la recompensa más sólida que el hombre virtuoso encuentra en el recuerdo de sus propios motivos. Mr. Severn puede renunciar a una recompensa de la misma materia que los sueños.⁵

5. Percy B. Shelley, 1821.

El prólogo de *Adonais*, incluido en el momento de entregar el libro a la pequeña imprenta de Pisa, está precedido de una cita de Mosco de Siracusa, poeta pastoril griego que escribió el *Epitafio a Bión*, recogido por Shelley:

Llegó el veneno a tu boca, oh Bión, y tú sentiste el veneno. ¿Cómo pudo acercarse a esos labios sin endulzarse? ¿Qué mortal fue tan desalmado para prepararlo o para entregarlo a tus instancias? Se ha hurtado a mi canto.

Muerto el poeta Bión de Esmirna por envenenamiento, Mosco escribe su elegía. Del mismo modo, Shelley nos presenta a su admirado Keats como la víctima de una suerte de envenenamiento del alma:

La salvaje crítica de su *Endimión*, que apareció en el *Quarterly Review*, produjo el más violento de los efectos en su susceptible mente; la agitación así originada terminó en la ruptura de una arteria pulmonar; a ella siguió una rápida consunción.⁶ El reconocimiento ulterior de sus facultades, hecho por algunos críticos más sinceros de verdadera grandeza, fue ineficaz para curar la herida que tan imperdonablemente le había sido infligida.

Shelley escribe como un torbellino que da cuenta de cada uno de sus pensamientos, con toda la vehemencia de quien se cree en posesión de la verdad.

6. En inglés *consumption*, nombre que se le daba a la tuberculosis antes de ser descubierta la bacteria que la causaba.

Se dirá que esos seres despreciables no saben lo que hacen. Lanzas sus insultos y sus calumnias sin tener en cuenta si sus envenenadas flechas se clavan en un corazón encallecido a fuerza de golpes o en uno, como el de Keats, de más sensible materia.

De este modo, Shelley presenta a John Keats como la víctima de una sociedad cruel, pero también como un hombre débil. Shelley está convencido de que su admirado poeta ha sido objeto de un injustificado linchamiento, como un san Sebastián atravesado por las flechas, incluso un Cristo crucificado, más vulnerable al veneno que ningún otro.

¡Ah, miserable! Tú, tan ruin, has mutilado imperdonablemente a uno de los más nobles ejemplares de la hechura de Dios. Ni te servirá de excusa que, siendo como eres un asesino, hayas empleado palabras afiladas como puñales, pero sin usar ninguno.⁷

Tras recibir de Shelley la noticia, lord Byron responde inmediatamente desde Rávena, en una carta fechada el 26 de abril:

Lamento mucho lo que dices sobre Keats: ¿es realmente cierto? No creí que las críticas hubieran sido tan asesinas. Aunque difiero esencialmente en tu interpretación de lo ocurrido, aborrezco tanto el dolor innecesario que habría

7. Percy B. Shelley, 1821.

preferido que él hubiera estado sentado en el pico más alto del Parnaso que haber perecido de esta manera. ¡Pobre compañero! Aunque con un amor propio tan desmedido, probablemente no haya sido muy feliz.

He publicado un artículo sobre la polémica de Pope que no le habría gustado a Keats. De haber sabido que estaba muerto o que estaba vivo y era tan sensible, debería haber omitido algunos comentarios sobre su poesía, que fueron provocados en mí por su ataque a Pope y por mi desaprobación de su propio estilo de escritura.⁸

La imagen que Shelley ha proyectado de John Keats es patética: un hombre extremadamente sensible y desequilibrado, incapaz de resistir una dura crítica a su trabajo. La conclusión a la que llegó Byron no podía ser otra: Keats debía de haber tenido un amor propio enfermizo, desmedido, una personalidad con la que difícilmente alguien podría ser feliz.

Movido por la indignación, por la imaginación o por el abatimiento, no es extraño que Shelley fuera capaz de hacernos creer las causas ficticias de la muerte de Keats. Lo que resulta admirable es que fuese capaz de convencer a lord Byron, que el 26 de abril de 1821 todavía duda de la versión de Shelley en una carta enviada a John Murray:

¿Es esto verdad? ¿Es cierto lo que me escribe Shelley de que el pobre Keats murió en Roma a causa del *Quarterly Review*? Siento mucho todo esto [...]. Yo conozco por

8. Byron y Marchand, 1979, vol. 8, pp. 103-104.

experiencia que una salvaje crítica puede ser terrible. Una vez, una de ellas me derribó, pero me levanté de nuevo. En lugar de hacerme estallar un vaso sanguíneo, bebí tres botellas de claret...⁹

El asunto interesa tanto a Byron que busca la reseña. Entonces, escribe de nuevo a Murray, con fecha 7 de agosto de 1821:

Acabo de revisar la reseña homicida de John Keats [...]. En general, aunque muy provocativa, no era tan amarga como para matar, a menos que hubiera una sensación mórbida previamente en su sistema.¹⁰

El rumor estaba consolidado, todo el mundo literario británico comentaba la acusación de Shelley, que contó con seguidores y detractores. Finalmente, sería el propio lord Byron quien contribuyera a que la historia fuera conocida en todo el mundo con la estrofa LX del canto XI de su *Don Juan*:

*John Keats, que fue víctima de las críticas,
durante su vida prometió ser alguien grande,
ya que no inteligible, con sus griegos de filfa
como excusa para hablar de los dioses de antaño
según suponía que tuvieron que hablar.
¡Pobre muchacho! Destino aciago el suyo fue.*

9. Byron y Marchand, 1979, vol. 8, p. 102.

10. *Ibidem*, p. 172.

*Es verdaderamente raro que una partícula tan activa hubiera de esfumarse por un solo artículo.*¹¹

Pero en contra de la creencia popular y la lógica, lo cierto es que, por más sorprendente que pueda resultar, el autor de *Adonais* y John Keats nunca fueron grandes amigos. Sólo se conocieron, coincidieron en contadas ocasiones e intercambiaron algunas cartas y referencias a través de amigos comunes. Habían sido presentados por Leigh Hunt, que en su *Autobiografía* explicó cómo la simpatía de Shelley por Keats no fue recíproca, lo que atribuía a los orígenes humildes del segundo, que sentía hacia todo hombre con un apellido notable la desconfianza de quien toma las debidas precauciones frente a un posible enemigo.

El primer encuentro entre los dos poetas tuvo lugar en diciembre de 1816, en casa de Leigh Hunt, donde Shelley se encontraba pasando unos días. Aquella tarde, «Keats no fue tan amable con Shelley como Shelley lo fue con él».¹² Nunca podremos saber con certeza cómo transcurrió la velada, pero podemos imaginar que fue propiciada por Hunt, que el día 2 de diciembre había publicado una nota en *The Examiner* titulada «Jóvenes poetas», en la que por primera vez aparecieron juntos los nombres de Byron, Keats y Shelley.¹³

11. Byron, 2009, tomo II, pp. 1049-1050.

12. Rossetti, 1903c, p. 10. Alude directamente a la *Autobiografía* de Leigh Hunt.

13. «El objeto del presente artículo no es otro que llamar la atención sobre tres jóvenes escritores que prometen ser una fuerza considerable para la nueva escuela [...]. No dudaremos en presentar como un pensador muy sorprendente y original a Percy B. Shelley, autor de una

Pese a los esfuerzos de Hunt y la buena voluntad de Shelley, Keats nunca iba a simpatizar con este último.

William A. Ulmer revisa la cronología de cenas, visitas, paseos, veladas y reuniones en los que los tres pudieron coincidir en Hampstead entre finales de 1816 y comienzos de 1817 para concluir que «Keats no disfrutó particularmente de la compañía de Shelley», hasta el punto de que habría tomado la precaución de visitar a Leigh Hunt cuando Shelley no se encontraba allí.

Sin embargo, en la primavera de 1817, Keats y Shelley aceptaron de su amigo el reto de escribir cada uno un poema épico en un plazo de seis meses, que daría como resultado *La revuelta del islam* y *Endimión*.¹⁴ No será la única anécdota que muestre la complicidad y la rivalidad entre los dos poetas. En una carta a su hermana, Keats menciona un encuentro con Hunt y Shelley. Se trata de un episodio amable del que difícilmente puede desprenderse una animadversión manifiesta hacia Shelley. «El miércoles pasado, Shelley, Hunt y yo escribimos cada uno un soneto sobre el río Nilo, algún día podrás leerlos», escribe Keats, que además enumera las reglas de aquel juego en el que cada uno dispuso de quince minutos para su composición. Sólo el propio Keats

obra poética titulada *Alastor, or the Spirit of Solitude*. El siguiente en darse a conocer ha sido John Henry Reynolds, autor de un cuento titulado *Safie*, escrito, a nuestro juicio, a imitación de lord Byron. [...] El último de estos jóvenes aspirantes con los que nos hemos reunido, y que promete ayudar a la nueva escuela a revivir la naturaleza, es el más joven de todos por edad. Su nombre es John Keats.»

14. Anécdota recogida en Rossetti, 1903b.

y Shelley lo terminaron a tiempo, mientras que Hunt pasó la noche en vela intentando terminar el suyo.

Cuando Shelley, tras haber sido separado por un tribunal de los dos hijos que tuvo con Harriet, su primera esposa, se marchó con destino a Italia, Keats le contó a Mr. Charles Cowden Clarke, un amigo de la infancia, que Shelley lo había invitado a ser su huésped en su nuevo destino, invitación que Keats habría desechado porque su conciencia nunca le habría perdonado la pérdida de su independencia inmiscuyéndose en el círculo de Shelley: Mary, sus dos hijos, William y Clara; la hermanastra de Mary, Ms. Claire Clairmont, y la hija que esta tuvo con Byron, la pequeña Allegra.¹⁵

No existe prueba alguna de esta invitación y es posible que Clarke la hubiera confundido con la que Shelley envió dos años después, cuando supo que Keats se encontraba gravemente enfermo.

En su exilio italiano, Shelley nunca tuvo conocimiento de primera mano sobre los últimos años de vida de John Keats, ni tan siquiera de la historia relativa a la crítica del *Quarterly*. La última vez que Keats y Shelley se habían encontrado fue en el invierno de 1818. Hasta julio de 1820, Shelley no volvió a saber nada de su antiguo «amigo». John Gisborne, amigo de la familia residente en Livorno que viajaba con frecuencia a Inglaterra, dio a Shelley en Pisa la noticia de que Keats había sufrido la rotura de un vaso sanguíneo, lo cual había desencadenado un rápido episodio de consunción

15. En Marlow existía el rumor de que Allegra era en realidad hija de Shelley.

que le había hecho pensar en la posibilidad de abandonar Inglaterra para instalarse en un clima más cálido donde pudiera albergar alguna esperanza de recuperación.

Fue entonces cuando Shelley escribió la famosa carta a John Keats en la que le ofrecía su casa y su ayuda.

Pisa, 27 de julio, 1820

Mi querido Keats:

Escucho con gran dolor el peligroso accidente que ha sufrido. Mr. Gisborne me ha informado de ello, añadiendo que usted continúa en aparente estado de consunción. Esta es una enfermedad particularmente dañina para personas que escriben versos tan buenos como usted, y con la ayuda de un escritor inglés frecuentemente puede acertar en la diana. No creo que los poetas jóvenes y amables estén en absoluto obligados a satisfacer el gusto; ellos no han entrado en contacto con las musas para tal efecto. Pero, ahora en serio (estoy bromeando porque me siento muy ansioso), creo que le haría bien pasar el invierno en Italia después de un accidente tan grave, siempre y cuando pueda y lo crea tan conveniente como yo. Si considera que Pisa sería un lugar agradable para usted, Mrs. Shelley se une a mi invitación de que venga a residir con nosotros. Podría viajar por mar a Livorno (Francia no vale la pena verla y el aire del mar es particularmente bueno para los pulmones débiles), que está a pocas millas de nosotros. En todo caso, debería conocer Italia y su salud podría ser una buena excusa. Las monta-

ñas, los arroyos y los campos, los colores del cielo y el cielo mismo.

Últimamente he leído una y otra vez su *Endimión* con una nueva sensibilidad de los tesoros de la poesía que contiene, que han sido derramados con distinta profusión. Esto la gente en general no lo soporta, y esa es la causa de los pocos ejemplares que comparativamente ha vendido. Me siento convencido de que usted es capaz de las más grandes cosas, que seguro hará.

Siempre le pido a mi editor, Ollier, que le envíe ejemplares de mis libros. Creo que recibirá *Prometeo liberado* casi al mismo tiempo que esta carta. Espero que haya recibido *Los Cenci*, que fue cuidadosamente estudiado en un estilo muy diferente, «muy por debajo de lo bueno, pero muy por encima de lo grande». En poesía, he tratado de evitar sistema y manierismo; desearía que aquellos que me superen en genio sigan el mismo plan.

Ya sea que finalmente permanezca en Inglaterra o viaje a Italia, lleve consigo mis ansiosos deseos de salud, felicidad y éxito, dondequiera que esté o lo que sea que emprenda.

Sinceramente,

P. B. Shelley¹⁶

El tono de la carta de Shelley, sin sacar de contexto una u otra frase, difícilmente puede ser interpretado como una crítica. La invitación de Shelley estaba escrita de la forma más

16. Percy B. Shelley, 1964a, p. 220.

correcta y cariñosa.¹⁷ No es difícil encontrar en el primer párrafo una muy velada alusión a la mano asesina de «un escritor inglés» que habría facilitado a la enfermedad la elección de su víctima.

La respuesta de Keats fue mucho más agria y en un tono más formal. Hay que tener en cuenta las circunstancias en las que se encontraba: a un mes de iniciar su viaje a Italia que iba a separarlo de Fanny Brawne. Keats había abandonado la poesía y el estudio desde el mes de febrero: «Me recomiendan no leer, ni siquiera poesía..., mucho menos escribirla. Desearía albergar una pequeña esperanza».¹⁸

Sólo dos días antes de contestar a Shelley, Keats está a la espera de saber la fecha exacta de su viaje a Roma. Entonces envía a su editor, John Taylor, una nota a modo de testamento:

Si muero, este papel podría resultar útil en sus manos. Todos mis bienes muebles e inmuebles consisten en la posibilidad de venta de mis libros editados o inéditos. Deseo que Brown y usted sean los primeros acreedores satisfechos: el resto está *in nubibus*, pero en caso de que el viento fuera favorable, páguense a mi sastre las pocas libras que le debo.

Quisiera que mis libros fuesen repartidos entre mis amigos.¹⁹

17. Lowell, 1925, vol. II, p. 441.

18. Brown, 1937.

19. 14 de agosto de 1820. Testamento de John Keats entregado a Taylor en una nota.

Por si fuera poco, exactamente en esos días, a mediados de agosto, Keats escribió la última carta para Fanny Brawne: «quisiera que inventaras la manera de hacerme feliz sin ti. Me resulta casi imposible ir a Italia». En esas condiciones, el esfuerzo que hace Keats al contestar la carta de Shelley no es despreciable y, aunque su tono sea algo más frío, hay un respeto intacto, porque de lo contrario no se habría sentido obligado a hacerlo.

Hampstead, 16 de agosto

Mi querido Shelley:

Me siento muy honrado de que usted, desde un país extranjero y con la mente llena de ocupaciones, me haya escrito con el entusiasmo de la carta que tengo junto a mí. Si no acepto su invitación, será prevenido por la circunstancia de que llevo cargado el corazón como para profetizar. No hay duda de que un invierno inglés acabaría conmigo y lo haría de una manera tediosa y terrible, por lo que debo viajar a Italia como un soldado avanza al asalto de una batería.

En este momento, mis nervios son lo peor de mí, pero se sienten calmados cuando pienso que, llegado al extremo, no estaré destinado a permanecer en un lugar el tiempo suficiente como para odiar alguna de las cuatro patas de una cama en particular.

Me alegra que encontrara algún placer en mi pobre poema, el cual tendría el enredo de reescribir si, siendo posible, lo hubiera cuidado tanto como hice con mi re-

putación. Recibí un ejemplar de *Los Cenci*, tanto a través de usted como de Hunt. Hay una única parte que quisiera comentar; la poesía y el efecto dramático, que por muchos espíritus es hoy considerado de gran valor. Se dice que una obra moderna debe tener un propósito, que puede ser el dios, un artista debe servir a Mammón, debe tener «autoconcentración», quizá egoísmo. Estoy seguro de que me perdonará por criticarle con sinceridad y decirle que podría frenar su magnanimidad y ser más un artista, y rellenar cada grieta de su tema con mineral. El pensamiento de cada disciplina debe caer como frías cadenas sobre usted, que, probablemente, no pudo permanecer en un mismo lugar durante seis meses seguidos.

¿No le parece esta una conversación extraordinaria para el autor de *Endimión*? Cuya mente fue como un paquete de cartas dispersas, las cuales ordené y repartí. Mi imaginación es un monasterio y yo soy su monje. Usted debe explicarse mi metáfora, por metafísica, a sí mismo. Estoy a la espera de *Prometeo*. Si es de su interés conocer mi opinión, yo lo habría dejado en manuscrito un tiempo, o lo habría cerrado en el segundo acto. Recuerdo cuando me recomendó que no publicara mis primeros poemas en Hampstead y ahora le estoy devolviendo el consejo. La mayoría de los poemas incluidos en el volumen que le envié fueron escritos hace más de dos años y nunca se hubieran publicado de no ser por la esperanza de obtener algún beneficio; así que, como ve, en la actualidad estoy bastante inclinado a seguir su consejo. Debo expresar una vez más mi profunda emoción por su amabilidad, añadiendo mi agra-

decimiento sincero y mi respeto a Mrs. Shelley. Con la esperanza de verlo pronto, permanece muy sinceramente suyo,

John Keats²⁰

En lugar de enviarla por correo, Keats pidió a John y Maria Gisborne que se la entregaran a Shelley en mano²¹ junto a su último libro, *Lamia, Isabella, The Eve of St. Agnes and Other Poems*, en el que había puesto sus últimas aspiraciones literarias. «Mi libro aparece con muy pocas esperanzas. Esta será mi última prueba; si fracaso, veré lo que puedo hacer por el lado de la farmacia», escribió a su mejor amigo, Charles Brown, en junio de 1820.

Si bien es cierto que la diferencia de clase influyó en la relación de ambos, Keats y Shelley pudieron sentirse identificados en que los dos fueron poetas «impopulares», que apenas recibieron el aplauso del público porque «podían ser disfrutados sólo por aquellos que poseyeran cierta facultad poética».²²

Un mes después de su carta a Shelley, todo estaba listo. En los muelles de Londres esperaba el Maria Crowther, el buque en el que embarcarían John Keats y Joseph Severn. La elección del medio de transporte no pudo ser peor; aquel viaje, por tierra, podía haberse demorado varios días. Por el contrario, el viaje en barco iba a ser una odisea con destino al puerto de Nápoles, al que llegarían tras más de un mes en el mar.

20. Keats, 1899, p. 442.

21. Heffernan, 1984, p. 296.

22. Bush, 1966, p. 206.

El 11 de noviembre de 1820, Shelley preguntó por Keats en una carta a Mrs. Hunt, todavía seguro de que lo recibiría tarde o temprano en Pisa:

¿Dónde está Keats ahora? Lo espero ansiosamente en Italia, donde me ocuparé de prestarle toda la atención posible. Considero que la suya es una vida muy valiosa y estoy profundamente interesado en su buena salud. Tengo la intención de ser el médico tanto de su cuerpo como de su alma y de mantener el primero cálido mientras le enseño griego y español. De hecho, en parte soy consciente de que estaré alimentando a un rival que me superará con creces, pero este es un motivo más, un placer añadido.²³

El día en que Shelley pregunta por él, Keats está en algún lugar entre Nápoles y Roma, intentando alcanzar esta última, a la que llegará el 14 de noviembre, dos meses después de haber iniciado junto al joven Joseph Severn un desastroso viaje lleno de infortunios y tormentas por la inmensa noche del océano.

23. Carta de Percy B. Shelley a Leigh Hunt, 11 de noviembre de 1820 (Hunt, 1862, vol. I, p. 159).